



Bajo los cielos de Traberg

Texto: J.M.G.M
Foto: Javier Nombela

Hubo un tiempo en que Ebbe Traberg [Ringsted (Dinamarca), 1932–Madrid, 1996] quiso dejar de imaginar su vida. Bajó a la calle, en el “pueblo atractivo en Dinamarca con muchas diversiones culturales” y se llegó hasta el barrio de Maravillas, plaza del Dos de Mayo, en Madrid; primero había pasado por otros lugares pero éste le gustó y se quedó. Pasó a ser el más danés de los críticos de jazz españoles (y el más español de los críticos taurinos daneses).

Ebbe hizo su vida de la búsqueda de lo bello que él identificaba con el gesto volátil de Dexter Gordon ascendiendo a los cielos, que podía ser Indurain trepando el Alpe d'Huez o Luis Miguel Dominguín saliéndose de madre por verónicas.

Por lo que toca a la jazzofilia, fue el cristo y el anticristo que esperábamos quienes, desde hacía tiempo, nos habíamos desviado del recto camino. Un anticlerical en la piel de un cordero pascual, el amante de las emociones fuertes, partidario decidido de lo nuevo.

En Ebbe –un romántico al fin y al cabo– era el músico y su circunstancia, el afecto unido indisolublemente a la expresión artística. Sus amigos se llamaban Lee Konitz y Gary Bartz, Paul Bley, Roy Haynes o Joachim Kühn, quien fue lo más parecido a un artista de cabecera para Ebbe. Pero como hombre polifacético que era, también entre sus amigos había escritores –como Carlos Barral o Julio Llamazares– y otros poco o nada conocidos en este país por la falta de traducciones de sus obras, como la del propio Ebbe, poeta en su lengua nativa y en inglés, que hasta hoy no ha visto traducciones al español. También entre sus amigos se contaban directores de cine, como Jørgen Leth quien, además de su amis-

tad, le dedicó una película –*Traberg*– de la que Ebbe fue orgulloso protagonista.

Vivió Ebbe en el ojo del huracán de muchas cosas, no solo del jazz. Lo que nunca se vio fue a Ebbe contemplando el espectáculo desde la barrera. En esto, como en todo, fue arte y parte. No escribía sobre nada de lo que no fuera partícipe de algún modo.

Todo esto que cuento es lo que respiran sus escritos. Ebbe escribía desde la militancia para el pequeño ejército de militantes que éramos; cartas de amor para enamorados, crónicas vividas y, a veces, no muy coherentes, las mejores. Pura poesía, puro jazz. Lo mejor: nunca se dio importancia ni pretendió jamás sentar doctrina sobre nada.

Pocos meses antes de su muerte, el 9 de mayo de 1996, Ebbe se puso a trabajar para dejar creada una Fundación que preservase su colección de jazz y mantuviese viva su memoria; la memoria de una inteligente persona que había vivido intensamente desde los entresijos de la ciudad que eligió como residencia sin por ello dejar de ser el más activo de los ciudadanos del mundo; por eso le daba igual viajar en avión, en un viejo dos caballos, en bicicleta o en la cabina de un camión.

Excepto en los últimos meses de su enfermedad y pese al estímulo que le suponía trabajar en la creación de su propia Fundación, fue un hombre feliz y vivió como le dio la gana. Cuando se cumplen 10 años de su

muerte, este texto quiere ser un recuerdo al amigo, el poeta, el cronista de deportes, el amante del jazz... En el próximo Festival de San Sebastián, en la jornada del día 22 de julio, escucharemos un concierto en memoria y homenaje a Ebbe: Joachim Kühn Iberia Trio + Louis Sclavis Play Music in the Memory of Ebbe Traberg. ●

**“VIVIÓ EBBE EN EL OJO DEL
HURACÁN DE MUCHAS
COSAS, NO SÓLO DEL JAZZ.
LO QUE NUNCA SE VIO FUE
A EBBE CONTEMPLANDO
EL ESPECTÁCULO
DESDE LA BARRERA”**